

## LA CRÓNICA

## 'Off the record'

ARCADI ESPADA

El martes por la noche la empresa FIATC —“no vamos a hacer sólo seguros”, decía uno de sus responsables— convocaba a Miguel Herrero de Miñón, Miquel Roca, y Raimon Obiols, y a un grupo de periodistas de la ciudad, para que debatieran sobre el asunto. El asunto, naturalmente, es la relación entre unos y otros, que tanto parece preocupar a unos y otros. Antes de echar el primer diente advirtieron de la necesidad de guardar el llamado *off the record* sobre todo lo que se dijera. Con lo cual estaba ya planteado, crudamente planteado, uno de los principales problemas de la relación entre periodistas y políticos, caudalosa fuente de la que manan los males: la existencia, la existencia cómplice de varios niveles de verdad. El *off the record* debiera ser para los periodistas su principal asunto deontológico. Ocupa un lugar central en la historia del periodismo, en la práctica cotidiana de millones de profesionales, y afecta como pocas otras cosas a los lectores. Una escena repetida y elemental de la práctica periodística suele ir como sigue: el personaje A hace una declaración. El periodista B anota. Previamente, los dos han mantenido una conversación *off the record* en la que el personaje A le ha dicho al periodista B todo lo contrario de lo que A declarará públicamente y B escribirá en su diario. Esta situación es un fardo muy pesado de llevar. Mezclado con el alcohol, ha acabado con el hígado de muchos profesionales. De la política, del periodismo.

Por lo tanto, el asunto es apasionante y la noche del martes pudo haber sido apasionante. Sin embargo, todo discurrió a

través de aguas muy previstas. Ni aun confidencialmente, políticos y periodistas somos capaces de llegar al fondo virulento del asunto: un férreo tejido de complicidad lo impide. Valdrá la pena referirse, sin embargo, a tres cosas que allí se dijeron. Habrán de escribirse sin poder ser atribuidas a nadie: una de las infinitas variaciones del juego consiste en reproducir lo que un sujeto determinado dice a través de una voz en *off*, anónima, despersonalizada. Ésa es la variante que se pactó. Así, digamos que tomó la palabra el político A, y se le vio muy decepcionado por el modo como la prensa reproduce sus grandes discursos. “A mí me interesa que se destaque una cosa y luego me destacan otra. Yo creo tener el derecho a subrayar de mi discurso lo que debe destacarse, lo que es relevante”. El político A tuvo la valentía de decir lo que sus colegas piensan y callan: el político quiere redactar los titulares. Razona: “Si hablo yo, ¿por qué no he de ser yo quien me redacte?”. Obviamente, olvida que la sociedad democrática exige para su buen funcionamiento la existencia de políticos y de periodistas. Es decir, exige la mediación. El político A no quiere la mediación periodística; pero, por el contrario, nunca —le va la vida— se ha planteado la posibilidad de prescindir de la mediación política. Naturalísimo.

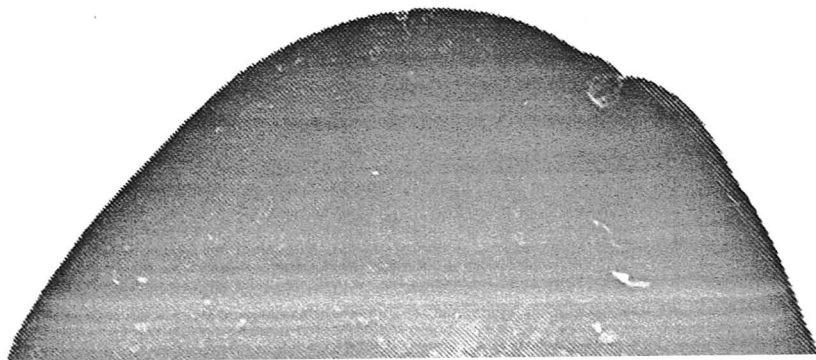
## La traición

Ítem más: los políticos —los tres más o menos coincidieron en eso— están muy descontentos de los periodistas. Añoran, muy

melancólicos, los buenos tiempos de la transición en que periodistas y políticos iban del brazo en pos del objetivo fundamental. “Eso se ha perdido”, rezongaban durante la cena. Todos ellos, hombres de la transición, leen ahora la prensa con temor y frustración. ¡Ah, los buenos tiempos...! Sorprende que ninguno de ellos evoque la excepcionalidad de ese momento histórico y no advierta que el consenso entre políticos y periodistas era sólo uno más del general consenso establecido entre la sociedad y el anhelo democrático. Ahora, el político le pasa la transición por la cara al periodista, y su gesto apenas puede eludir la mueca del que siente que ha sido traicionado.

Herrero, Roca, Obiols, todos ellos ya apurando el postre y la medianoche: ¿quién de ellos tres no cree en el mercado?, ¿quién de ellos tres no se ha pronunciado una y otra vez en los últimos tiempos sobre sus virtudes reguladoras, sobre su dura y perseverante e insustituible fragilidad? Pero, en cambio, el mercado, ese gran amigo, ese partido transversal, es puesto en tela de juicio por los políticos únicamente cuando hablan de la prensa: “No puede ser”, clamaban, “no puede ser que se hagan los titulares para vender, a costa de la verdad”.

Querrian un código, por tanto; algo que regulara la verdad periodística, aunque de su particular y promiscuo trato con la verdad apenas dicen nada. Saben, sin embargo, que ése es un código imposible, que dicho en voz alta escandalizaría a su amada —nuestra amada— libertad. Por eso organizan cenas como ésta donde exhalar cariñosamente sus reproches. Quieren un suave pacto *off the record*, sin dolor.



Concha García  
Días de R

Concha se merece una radio para expresarse  
1200h. en el tono justo. Para poder critic